

## EL FABRICANTE DE DEUDAS DE SEBASTIÁN SALAZAR BONDY

### FRAGMENTO

Entran Socorro y Pitusa.

Socorro.- Ya le he dicho que se ha presentado un partido que no conviene desdeñar.

Obedot.- Así es, hijita. Te vas a casa. Eso, en los días negros que corren, es algo que testimonia la existencia de Dios.

Pitusa.- (Con voz dulce.) Entonces, ¿ya te habló el joven Castro?

Obedot.- ¿El joven Castro? ¿Quién es? ¿Castro qué?

Pitusa.- Ángel Castro, papá. Una vez fui con él a una fiesta. ¿Recuerdas?

Obedot.- ¿Un tipejo paliducho?

Pitusa.- ¡Un muchacho delicado, papá!

Obedot.- ¿Y por qué habría de hablarme el joven Castro?

Pitusa.- Para pedirte mi mano, papá. Queremos casarnos.

Socorro.- ¿Qué? ¿Estás enamorada de él?

Pitusa.- Sí, mamá.

Obedot.- ¿Y el de tí?

Pitusa.- Sí, papá.

Obedot mira a Socorro, Socorro a Obedot, totalmente desconcertados ambos.

Obedot.- (Sin saber qué hacer ni qué decir.) ¿Y qué pruebas tienes de que ese individuo te quiere?

Pitusa.- (Con naturalidad.) Me siento amada.

Obedot.- (Exasperado.) ¡Qué pruebas, pregunto! ¡Qué pruebas!

Pitusa.- Quiere casarse conmigo.

Pausa. Hay desorientación entre los padres.

Socorro.- (Con ternura.) ¿Y cuándo te ha dicho que quiere casarse contigo?

Pitusa.- Todas las tardes.

Socorro.- ¿Todas las tardes? ¿Te ves con él todas las tardes? ¿Dónde?

Pitusa.- En el jardín. Ahí nos reunimos diariamente.

Obedot.- (Conteniendo la cólera.) ¿Y por qué no nos lo has dicho antes?

Pitusa.- Nunca ustedes me lo preguntaron.

Obedot.- (Estallando.) ¡Pero quién es él! ¡Cuál es su familia! ¡Con qué cuenta para casarse!

Pitusa.- (Natural.) Se llama Ángel Castro. Estudia en la Universidad. Es huérfano.

Obedot.- (Desesperado ya.) ¡Huérfano! ¡Estudiante! ¡Castro! ¡Nada! (Al público.)

Aquí tienen ustedes una muestra de lo que son estos absurdos tiempos. Un jovenzuelo que no tiene dónde caerse muerto y que debería pasarse los días y las noches con la cabeza metida en los libros, que no ha salido prácticamente del cascarón, ya quiere casarse... (A su hija) ¡Pitusa!

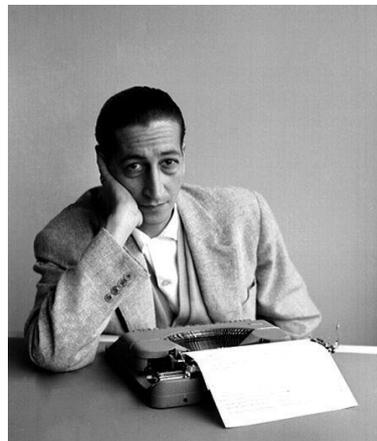
Pitusa.- Sí, Papá.

Obedot.- (Tratando de exponer un razonamiento convincente.) Escúchame, criatura. Bueno, te casas con el tal Ángel. (Pitusa sonrío complacida.) ¡Tú no tienes un real! ¡Él tampoco! Al día siguiente de la boda, ¿qué comen? ¿Lo han pensado?

Pitusa.- Sí, papá.

Socorro.- (Emocionada.) ¡Oh, mi hijita está enamorada!

Obedot.- (Grita.) ¿Qué comen?, pregunto.



Pitusa.- Lo que haya. Un pan, una papa, un vaso de agua. ¡Y nos queremos más!

Obedot.- ¡Eso es pura fantasía!

Pitusa.- Hemos decidido alquilar un pequeño departamento en las afueras. Yo seré su sirvienta y él mi sirviente. Cocinaremos juntos, lavaremos los platos juntos, pasearemos juntos, leeremos juntos. Enseñaré inglés en mis horas libres. Él, cuando sus estudios se lo permitan, hará trabajos de mecanografías. El amor nos ayudará a vencer todos los obstáculos.

Obedot.- ¿Pero ese insensato alimenta alguna ambición en la vida?

Pitusa.- Es inteligente y voluntad no le falta. Llegará a ser por lo menos embajador.

Obedot.- Mira, hija. En estos tiempos, embajador es cualquiera. No se necesita mucho ingenio para llegar a serlo. (Pausa.) ¿Qué estudia tu galán?

Pitusa.- (Muy orgullosa.) Antropología.

Obedot.- (En el colmo de la perplejidad.) ¿Antropología? ¿Y para qué sirve eso?

Pitusa.- El mundo futuro necesitará de los antropólogos.

Obedot.- Y mientras esperamos que venga de no sé dónde ese mundo futuro, ¿cómo se las arreglarán ustedes dos?

Pitusa.- Todo lo solucionará nuestro cariño, nuestra unión. A él le sacrificamos, por eso, todo.

Socorro.- (con intensión.) ¿Todo? ¿Inclusive tu padre y tu madre?

Pitusa.- ¡Oh, no! Quise decir que... (Vacila.)

Obedot.- ¿Tu angelito conoce la situación económica por la que atravesamos?

Pitusa.- (En son de protesta.) Nunca hemos hablado de dinero.

Obedot.- (Insidioso.) ¿Te cree rica, entonces?

Pitusa.- (Cándida.) Me sabe buena.

Obedot.- (Triunfal.) ¡Ahora comprendo!

Socorro.- (A Pitusa.) ¿No te parece?...

Obedot.- (Deteniéndola.) Nada, nada. Escucha, hijita le vas a decir a ese niño que venga a hablar conmigo esta tarde. ¿Puedes citarlo?

Pitusa.- (Alegre.) ¡Claro, papacito!

Obedot.- A las cinco lo espero. (Didáctico.) Atiéndeme bien ahora. Hace unos días, en la fiesta de las hermanas Corominas, conociste a un distinguido joven español, el Marqués de Rondavieja.

Pitusa.- ¡Oh, sí! Un pesado que me molestó toda la noche.

Obedot.- (En tono de reproche.) ¡Un caballero que te hizo la corte!

Socorro.- Un señor en toda la extensión de la palabra, hija.

Obedot.- Ese señor en toda la extensión de la palabra, como dice tu mamá, vendrá esta noche a cenar con nosotros, pues está interesado en ti. Tu madre y yo vemos con muy buenos ojos a este pretendiente. (Pausa.) No serás, hija mía, la señora de Castro. Serás la Marquesa de Rondavieja. No irás a para tampoco, ya que tus padres velan por tu dicha, a un modesto departamento de suburbio. Vivirás en un barrio residencial. No cocinaras, ni lavarás, ni enseñarás inglés. Viajarás tendrás joyas, serás una reina... ¿Has entendido?

Pitusa.- (Un ademán de rebeldía.) ¡Papá, quiero la felicidad aunque sea en la pobreza!

Sebastián Salazar Bondy